



**PAZ Y TEOLOGÍA TRINITARIA.
ALGUNOS APUNTES DESDE LA ENSEÑANZA
DEL MAGISTERIO PONTIFICIO**

**XLII SIMPOSIO DE TEOLOGÍA TRINITARIA
LA SANTÍSIMA TRINIDAD Y LA PAZ 2006**

**ÁNGEL GALINDO GARCÍA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA.**

Salamanca, 2008

1. Introducción

2. Hacia una teología trinitaria desde la paz y la reconciliación

3. El hombre capaz de Dios y de la paz reconciliadora

4. La paz que nace de Dios

4.1. La paz redentora.

- 1º. Teología d la mediación.
- 2º. Teología de la Redención
- 3º. Teología de la Salvación – liberación
- 4º. Redención por la justicia de Dios
- 5º. Del sacrificio de la Cruz a la Eucaristía
- 6º. La reconciliación por la cruz

4.2. La paz misericordiosa.

- 1º. Encarnación y Redención, fuente de la teología trinitaria de la paz
- 2º. La paz desde la Paternidad misericordiosa.

4.3. El Espíritu y el perdón

5. La Trinidad, Fuerza de conversión: don, decisión y proceso de paz

“La paz para nosotros los cristianos no es solamente un equilibrio exterior, un orden jurídico, un conjunto de relaciones públicas disciplinadas; sino que es, ante todo, el resultado de la actuación del designio de sabiduría y amor, con que Dios ha querido instaurar las relaciones sobrenaturales con la humanidad” (Pablo VI, 1 de enero de 1969).

“La paz sobre la tierra, nacida del amor al prójimo, es imagen y efecto de la paz de Cristo, que procede de Dios Padre. En efecto, el propio Hijo encarnado, Príncipe de la paz, ha reconciliado con Dios a todos los hombres por medio de su cruz, y, reconstituyendo en un solo pueblo y en un solo cuerpo la unidad del género humano, ha dado muerte al odio en su propia carne y, después del triunfo de su resurrección, ha infundido el Espíritu de amor en el corazón de los hombres” (GS 78).

1. Introducción

Con este texto programático de la Constitución conciliar *Gaudium et Spes*, en nuestra reflexión partimos de la constatación siguiente: todas las realidades del hombre son objeto de estudio desde Dios. El ser humano es la criatura a quien Dios ama en su integridad, por tanto, todas sus dimensiones están referidas al Creador. Entre estas dimensiones, tanto en su configuración interior como en la social, la PAZ es una categoría que precisa una reflexión teológico - trinitaria.

Asimismo es científicamente conocido que la historia del hombre, especialmente la historia de la Iglesia, ha sido la de una búsqueda continua por encontrar justificación a los caminos que conducen a la paz. Incluso la misma guerra ha sido considerada como medio para alcanzar la paz¹ aunque las referencias repetidas del Magisterio y de los creyentes a la paz muestran, a veces, escasa elaboración trinitaria pero sí teológica².

Por ello, estudiamos los presupuestos trinitarios más significativos presentando las razones que los Papas aportan desde hace algunos años a la construcción de la teología de la paz³. Un lugar especial ocupará la dimensión de la no-violencia vista desde el plan redentor introducido por Cristo, Príncipe de la paz, desde la justicia operada por el Espíritu y desde la misericordia de Dios.

Nuestro objetivo no es recordar el trabajo ético que se ha ido construyendo en torno a la llamada guerra defensiva justa, teoría débil y ambigua en el contexto reflexivo actual⁴. Tampoco haré hincapié en las referencias bíblicas sobre la paz, horizonte necesario para hacer una auténtica teología de la paz. Me limitaré a justificar y presentar el lugar teológico trinitario desde donde considero que habría que elaborar una teología de la paz según el Magisterio de la Iglesia. Para ello, elegiré la aportación de los últimos papas a la teología trinitaria, fuente de la paz.

¹Cf. T. Urdanoz, “Pacifismo y guerra justa”, en *Estudios Filosóficos* 16 (1967) 5-64. F. Boquéle, “La paz y la guerra modernas”, en *Concilium* 15 (1966) 133-144.

² Cf. J. Joblin, *La Iglesia y la guerra. Conciencia, violencia y poder*, Herder, Barcelona 1990. E. Benvenuto, “Paz y teología. Preguntas sobre el pacifismo cristiano”, en *Selecciones de Teología* (1992) 267.

³ La reflexión expuesta en este trabajo tiene como punto de referencia de forma peculiar el pensamiento de los Pontífices sobre el tema expresado en los mensajes con motivo de la Jornada de la paz que dirigen cada año a los creyentes y hombres de buena voluntad.

⁴ M. Vidal, *Moral de Actitudes III*, Madrid 1979, 616. Cf. J-Y. Calvez, *Entre la violencia y la paz. La voz de las religiones*, PPC, Madrid 2006,

El punto de partida de este trabajo se elabora en torno al concepto y la figura de la paternidad y la misericordia de Dios. Justificamos nuestra aportación buscando las razones e intentos para hacer una teología de la paz y de la reconciliación desde la perspectiva trinitaria. Pero, teniendo en cuenta que intentamos hacer una teología trinitaria, la Encarnación y la Redención, fruto del Amor, son el marco de la auténtica paz reconciliadora como presentación de la figura de Dios Padre misericordioso⁵.

Desde esta perspectiva encontramos algunos caminos insustituibles en la construcción de una teología trinitaria sobre la paz siguiendo los documentos del Magisterio y desde donde los últimos pontífices han hablado de paz ciudadana y de la paz interior: **la conversión-reconciliación y la civilización del amor**. En cuanto al primero, como *Tertio Millenio Adveniente* (49-50) recoge, el mundo necesita de ocasiones para descubrir el valor extraordinario de la conversión, particularmente a la luz del redescubrimiento de la paternidad que lo es como descubrimiento de la solidaridad fraterna, necesitada de la experiencia de filiación común.

El camino de conversión, como incorporación a Dios y eliminación de las tensiones humanas, incluye tanto la liberación del pecado como la elección del camino del bien y de la paz social. El hijo pródigo descubrió que la esclavitud que nace del amor es liberadora frente a la esclavitud que se produce en la lejanía paterna y fraterna. La carta de Juan Pablo II (TMA 50) expone con claridad que el nuevo milenio debe dar vida a una civilización del perdón en todos los niveles: “el anuncio de la conversión como exigencia imprescindible del amor cristiano es particularmente importante en la sociedad actual” y básica para crear una teología que abra a la comprensión de la auténtica paz para los hombres.

En cuanto a lo segundo, **la civilización del amor**, es consecuencia de lo anterior en cuanto “está fundada sobre valores universales de paz, solidaridad, justicia y libertad, que encuentran en Cristo su plena realización” (TMA 52). El año de Dios Padre⁶ ofreció una ocasión especial para descubrir de nuevo la fuerza transformadora que naciendo de la caridad se manifiesta en las prácticas universales de conciliación y de la paz.

En este sentido, Juan Pablo II recuerda que “la ley del amor de Cristo es nuestra ley”: “Pablo nos dice de Cristo: ‘El es nuestra paz, El que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de la separación, la enemistad’ (Ef 2, 14). Sabemos qué fuerza misericordiosa nos transforma en el sacramento de la reconciliación. Este don nos llena totalmente. Por tanto, si somos leales, no podemos resignarnos a las divisiones y enfrentamientos que nos oponen, unos a otros, puesto que compartimos la misma fe; no podemos aceptar sin reaccionar, que se prolonguen los conflictos que rompen la unidad de la humanidad llamada a ser un solo cuerpo. Si celebramos el perdón, ¿podemos combatirnos sin cesar? ¿Podemos ser adversarios, invocando al mismo Dios vivo? Si la

⁵Cf P. O’Callaghan, “¡Que todo sea para alabanza de su gloria! La paternidad de Dios a la luz de Cristo”, en AA. VV., *Tertio Millennio Adveniente. Comentario Teológico-pastoral*, Salamanca 1997, 217 ss. AA.VV., *I Libri del giubileo. A te Dio Padre*, Turín 1988. F. X. Durrweel, *Il Padre nel suo mistero*, Ed. Città nuova, Roma 1988.

⁶ Será preciso tener en cuenta la bibliografía existente sobre Dios Padre. Cf. K. Rahner, “Dios en el Nuevo Testamento”, en *Escritos Teológicos*. I. De la Potterie, *La verité selon Saint Jean T I*, Roma 1977. W. Marchel, *Paternité di Dieu*, en *Dictionnaire de Spiritualité*. Id., *Dieu Père le N.T.* Paris 1966. Id., *Abba Père*, Roma 1971.

ley del amor de Cristo es nuestra ley, ¿podemos quedarnos sin hablar y sin actuar cuando un mundo herido espera que vayamos al frente de los que construyen la paz?⁷”

Pero estas dos “fuerzas”, cuyo venero reposa en el Espíritu Santo, donde se sustenta la creación de una teología trinitaria de la paz no han de olvidar el centro que les da sentido: **el misterio de la Encarnación**. El jubileo con el que comenzó el año dos mil tuvo en su centro la contemplación del gran misterio de la Encarnación en el que se vio cómo el gran amor de Dios a cada uno de los hombres está en la llamada a cada uno a comprender mejor su propia vocación, a superar las divisiones y tensiones existentes entre los hombres y pueblos, en definitiva, a construir la paz social y personal.

Una mirada al mundo de hoy muestra que, por desgracia, existen **divisiones interpersonales, bélicas y mundiales**. La religión debe ser un marco y camino para superar el resto de tensiones de la humanidad⁸. El cristianismo, a través de la enseñanza pontificia, presenta al Padre que se ofrece como misericordia para lograr la comunión, al Hijo que muere en la Cruz ofreciendo la reconciliación y el perdón y al Espíritu como fuerza en la construcción de la paz.

Por esto, el gran jubileo, recientemente celebrado y animado por Juan Pablo II, no puede dejar a los cristianos con los brazos cruzados mirando al Misterio de la Encarnación. Se ha de producir **un cambio y una metanoia** que parta del reconocimiento de los propios pecados y de los errores que hasta la Iglesia misma ha cometido en la historia favoreciendo por diversas causas, atenuantes en muchos casos, la guerra y las tensiones entre los pueblos. El año del jubileo sirvió para echar una mirada al pasado con sentido de examen de conciencia.

La colaboración de la Iglesia a través de sus representantes, nuncios y delegados, en favor de la paz manifiesta que ha ido alcanzando **cotas de libertad separándose del maridaje con los poderes**, aunque la problemática es aún muy compleja. En los documentos pontificios y en las “Jornadas de la paz” descubrimos que la Iglesia no busca ahora el apoyo de los poderes temporales como guardianes de los valores humanos. Ella se siente llamada a defenderlos de los abusos de los poderes y a testimoniar la paz⁹. Sin embargo la presencia de circunstancias atenuantes no la dispensan de penitencia, de petición de perdón y de cambio ante un problema tan grave como la guerra. Dice TMA: “Muchos motivos convergen con frecuencia en la creación de premisas de intolerancia, alimentando una atmósfera pasional a la que sólo los grandes espíritus verdaderamente libres y llenos de Dios lograban de algún modo substraerse. Pero la consideración de las circunstancias atenuantes no dispensa a la Iglesia del deber de lamentar profundamente las debilidades de tantos hijos suyos, que han desfigurado su rostro, impidiéndole reflejar plenamente la imagen de su Señor crucificado, testigo insuperable de amor paciente y de humilde mansedumbre” (TMA 35)¹⁰.

⁷ JP II “La paz nace de un corazón nuevo”, *XVII mensaje en la Jornada de la paz*, 1 de enero 1984.

⁸ J-Y., Calvez, o.c., 97-112. D. Arinze, “Año santo: una provocación para superar las divisiones y la indiferencia”, en AA. VV., *Tertio Millennio Adveniente*, o.c., 249 ss.

⁹ Cf. M. Schooyans, “La paix, don de Dieu confié aux hommes”, en *Nouvelle Revue Theologique* 104 (1982) 350s.

¹⁰ Cf G. Gottier, “La Iglesia ante la conversión: el fruto más significativo del Año santo”, en AA. VV., *Tertio Millennio Adveniente*, o.c., 160 ss.

Este texto puede explicar el significado de gran parte de los mensajes con motivo de la jornada sobre la paz, consagrada por Pablo VI el día 1 del comienzo de cada año, las reiteradas peticiones de perdón de Juan Pablo II durante los últimos años, la consideración de la paz como don de Dios¹¹ y las llamadas a la reconciliación con motivo del jubileo del año 2000¹².

2. Hacia una teología trinitaria desde la paz y la reconciliación¹³.

La teología actual, inspirándose en las aportaciones de la doctrina social de los Papas últimos, necesita sistematizar su doctrina sobre la guerra y la paz fundándose en la teología trinitaria, con el auxilio de nuevos lenguajes y nuevo pensamiento filosófico que le sea propio y que no le aleje del pensamiento e intelección de los hombres de hoy. En la Sagrada Escritura y en el pensamiento teológico desde San Agustín hasta Benedicto XVI existe una buena carga de doctrina que debe ser investigada preservando la fidelidad al Evangelio y al Magisterio para que la Teología conserve su identidad originaria en la que la Trinidad ocupa un lugar central¹⁴.

Por ello, una teología trinitaria de la paz y de la reconciliación ha de buscar **sus razones y caminos propios**. El considerar el gran valor de la auténtica conversión y liberación del pecado, el cual es siempre un enfrentamiento de la criatura con el Creador, en el tema de la guerra alcanza particular significación. Diversos acercamientos a la teología conciliar han querido dar respuesta a la búsqueda de la teología de la paz. Citamos algunos: teología de la liberación, teología política, teología de la cruz, teología del perdón.

Pero la realización de una teología trinitaria de la paz y de la reconciliación no está solo en una sistematización de una parte de la teología, sino que afecta a todo el **desarrollo teológico**. Hoy existe una teología que impide la educación para la paz. No me refiero tanto a las enseñanzas morales relativas a la guerra justa o a elementos similares sino a la concepción más general que miran a la función del cristiano en la historia y a la misma concepción de Dios¹⁵. Por tanto, una reflexión sobre la paz no sólo pertenece a la teología moral sino sobre todo al saber teológico¹⁶.

Toda la teología católica tiene el riesgo de estar influida por dinanismos violentos. La paz es antes de todo un proceso cultural que exige la revisión radical de los modelos interpretativos y de las actitudes espirituales que en el pasado han favorecido movimientos violentos. La Iglesia para cumplir su misión salvífica debe realizar una radical conversión y orientar toda su existencia a la construcción de la paz. La comunidad eclesial debe crear

¹¹ Cf. M. Schooyans, o.c., 346-357.

¹² Para un estudio más amplio puede consultarse la aportación de J. B. Guzzetti, "L'impegno dei papi per la pace da Leone XIII a Paolo VI", en *Seminarium* 26 (1986) 247-266.

¹³ G. Mattai, "Le sfide della pace oggi", en AA.VV., *Mai più la guerra. Per una teologia della pace*, Roma 1998) 23-38.

¹⁴ No nos referimos aquí tanto a la legitimación histórica de la guerra justa cuanto a la teología subyacente en la misma y en las propuestas de paz y de reconciliación.

¹⁵ Cf. J. Dupuis, "Le Verbe de Dieu: Jésus-Christ et les religion du monde", en *Nouvelle Revue Théologique* 123 (2001) 529-546. A. Kim, "Las religiones por la paz. El espíritu de Asis", en J-Y Calvez, o.c., 151-155. R. Coste, o.c., 508. J. Noemí, "Reflexión teológica acerca de la paz", en *Teología y Vida* 25 (1984) 63-75.

¹⁶ G. Mattai, "Nodi moralteologici in tema di pace e guerra", en *Asprenas* 41 (1994) 247-258

lugares de nuevas dimensiones de fraternidad, de diálogo y de acogida recíproca. Todo esto afecta a los diversos modelos teológicos existentes en la actualidad (a veces violentos entre sí: Teólogos Juan XXIII, teólogos ‘televisivos’¹⁷, que aún siguen utilizando la lucha de clases) que se relacionan con la forma de entender el concepto de Dios, del natural y sobrenatural, de la revelación y de la acción de Dios en la historia¹⁸.

A esta actitud espiritual corresponde una teología purificada de todos los elementos de violencia y de absolutismo que aún contiene la teología actual. En particular, es necesario tratar bien todo dualismo en contraposición: acción de Dios - acción del hombre; historia - reino, Cristo – Jesús de Nazaret, etc.; de forma análoga es necesario evitar toda presunción de superioridad de la religión cristiana: Dios es uno solo y la fuerza de la vida esta destinada a todos. Cristo no pertenece solo a los cristianos, sino que es expresión histórica de la Palabra de Dios dirigida a todo hombre que viene a este mundo.

Desde esta conversión teológica desembocaremos en la conversión ética ya que, como señala el Concilio Vaticano II, la defensa de los derechos no implica la licitud de empleo indiscriminado de medios capaces de una destrucción total pues el uso de las armas modernas es un delito contra Dios y contra el hombre mismo. “Toda acción bélica que tiende indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de extensas regiones junto con sus habitantes, es un crimen contra Dios y la humanidad que hay que condenar con firmeza y sin vacilaciones” (GS.80).

3. El hombre capaz de Dios y de paz reconciliadora¹⁹.

La Iglesia pueblo de Dios y la Iglesia jerárquica camina hacia una cultura no violenta y liberadora, es decir, hacia una nueva experiencia de la fuerza curativa de la no-violencia. Un ejemplo ha sido el encuentro de Juan Pablo II ante el monumento dedicado a M. Gandhi y en Asís. Hoy, toda la teología debe centrarse en el Evangelio de la Paz y en Cristo, Principio de la paz. Esto se puede hacer a través de dos caminos: la fuerza curativa de la no violencia y la conversión como renovación radical²⁰, para lo cual puede seguirse el camino marcado por algunos modelos. Una de las raíces de esta opción proviene de la capacidad que el hombre tiene de conocer a Dios y de construir la paz.

Pablo VI lo señalaba con fuerza en el la Jornada Mundial de la paz en 1973: “nuestro anuncio es tan sencillo como un axioma: la paz es posible...ha penetrado como una necesidad lógica y humana en las conciencias de tantas personas y especialmente de las jóvenes generaciones: debe ser posible, dicen estas, vivir sin odiar y sin matar. Se impone una pedagogía nueva y universal, la pedagogía de la paz”²¹. Por otra parte, estoy convencido

¹⁷ Me refiero a aquellos teólogos que hacen el juego a los poderes y partidos políticos apareciendo en las pantallas de Televisión y de los Medios de Comunicación Social y apoyando sus propuestas políticas partidistas con afirmaciones teológicas sesgadas.

¹⁸ Cf. G. Martínez, “¿Cómo construir la paz? Perspectivas eclesiológicas”, en *Biblia y fe* 17 (1991) 121-137.

¹⁹ L. Rossi, “La nonviolenza per osare la pace”, en AA. VV., *Mai più la guerra, o.c.*, 55-73. Cf. R. Shutz, *La violencia de los pacíficos*, Barcelona 1970; G. Arias, *La no-violencia ¿tentación o reto?*, Salamanca 1970. G. Matttai, o.c. 256 ss.

²⁰ Cf. B. Haring, “La nonviolenza: concetto chiave di una Teologia della pace”, en AA. VV., *Per una teologia della pace*, Roma 1987, 40 ss.

²¹ Pablo VI, “La paz es posible”, Jornada mundial de la paz 1973.

que si la paz no se propone como un valor posible, nadie se esforzaría por conseguirla. De ahí que sea urgente enarbolar una pedagogía de la paz.

3.1. *La fuerza curativa de la no-violencia.*

Y esto, porque el género humano violento es el animal más dañino y la única especie capaz de destruir directamente a sus semejantes. El hombre violento en una sociedad violenta esta enfermo en su cabeza y en su corazón. Lo más sorprendente biológicamente hablando no es que existan animales que se comporten de forma pacífica con los sujetos de su especie, sino que la agresión con los individuos de la misma especie esté tan difundida entre los animales superiores y que en el caso del hombre llegue hasta la muerte sistemática de los propios semejantes²².

Es, por tanto, en este contexto histórico y antropológico en el que se impone, según los textos del Magisterio Pontificio, una nueva relectura del evangelio de la paz de Cristo, redentor y liberador. Desde las narraciones de la tendencias vengativas de algunos en el AT (Caín, Lamec, Diluvio: Gn 4,26;6,13) va surgiendo la tendencia de crear un Dios también vengativo. Sin embargo en los cánticos del siervo de Yahvé (Is 42,1-6; 49,7; 53,5) va apareciendo el Dios que proclama solemnemente su proyecto liberador por medio del siervo humilde y sufriente. Esta se cumplirá definitivamente en Cristo cuando alzando los ojos al Padre proclame también públicamente: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”. La no violencia del siervo sufriente se convierte en fuerza curativa de todos los males.

3.2. *La conversión como renovación radical.*

La llamada a la conversión está en el centro del evangelio del reino de Dios, reino de la Paz, según aparece en los mensajes de las Jornadas de la paz: Dios nos ofrece su espíritu y nos da su gracia para crear un corazón nuevo y vivir con un espíritu nuevo. La muerte de Cristo se ha convertido en el gran acontecimiento de no violencia redentora²³.

Observamos que la no-violencia es, según la enseñanza pontificia, mucho más que una nueva táctica o estrategia²⁴. La no-violencia implica la conversión más profunda y radical de la persona y de la humanidad. Es el signo específico del reino de Dios en contraste con los reinos de este mundo. Dios no nos somete con violencia sino por medio de su amor atractivo mostrándonos el camino de la verdadera libertad. El objeto de la Redención es claro: la libertad de los hijos de Dios unidos al Hijo predilecto, la libertad con amor auténtico, libertad para la justicia curativa y liberadora²⁵.

²² No puede olvidarse la doble escuela sobre el origen de la agresividad: la que afirma que su origen está en el hombre (S. Freud, E. Fromm, etc) y los que se inclinan a pensar que está en la misma sociedad (F. Skinner, A. Plack; M. Marcuse, K. Marx, etc). Cf., M. Vidal, *Moral de Actitudes*, o.c., 588.

²³ Juan Pablo II, “La paz nace de un corazón nuevo”, en *Jornada mundial de la paz* de 1984.

²⁴ Cf. Pablo VI, “No a la violencia, sí a la paz”, *mensaje en las Jornadas de la paz* 1978. Cf. A. Galindo García, “La objeción fiscal”, en *Corintios XIII* (1986). J.L., Espinel, “El pacifismo de Jesús”, en *Ciencia Tomista* 111 (1984) 229-250.

²⁵ Cf. B. Häring, “La nonviolenza: concetto chiave di una Teologia della Pace”, en AA. VV., *Per una teologia della pace*, Roma 1987, 40 ss.

Por otra parte, el concepto de conversión es uno de los fundamentales que se refieren a la idea misma de hombre en su relación con Dios. El hombre es un ser que puede errar una y otra vez. Sin embargo, estos yerros no son fatales (como en la tragedia griega: que producen desesperanza), ni definitivos (como en los mitos) sino que, en nuestro caso, siempre está abierta la posibilidad de comenzar de nuevo porque el hombre *est capax Dei*²⁶.

Como se puede constatar, el concepto bíblico de conversión es a la vez teológico convirtiéndose en fundamento de su dimensión ética. No se trata de reparar los yerros propios en el terreno personal o interhumano y poner orden otra vez, sino que básicamente se trata de llegar a tener ante Dios un concepto correcto de sí mismo.

En el Antiguo Testamento la gran reconciliación es el gran día de la reconciliación (Lev 16), el Yom Kippur, cuya celebración es fuente inagotable. En el Nuevo Testamento, el bautismo de conversión para la remisión de los pecados (Mc 1,4) está en la llegada del Reino: “se ha cumplido el tiempo; el reino de Dios está cerca; convertíos y creed el evangelio” (Mc 1,15). La conversión ya no es condición de salvación sino don de salvación que proviene del Espíritu como veremos más abajo.

3.3. La fuerza de los ejemplos y modelos: el Crucificado, los Mártires.

Son muchos los modelos de identificación que sobre la reconciliación y la paz podemos encontrar en la historia de la humanidad, muestras de esta capacidad pacificadora que tiene el hombre. Recordamos al unísono dos: Cristo y los mártires. No pretendemos hacer una presentación de los mismos sino un recordatorio. En todos los casos se encuentran dos actitudes teológicas fundamentales: la búsqueda de la verdad y la vida de caridad con la entrega generosa que nace de la fuerza interior del hombre²⁷.

a) **La paz y la verdad.** No existe ni se consigue la paz auténtica sino se experimenta en el ámbito de la verdad²⁸. La verdad engrandece al hombre, la mentira le destruye. Por ello, la paz auténtica y la reconciliación verdaderas se adquieren por el camino de la verdad en cuanto que ésta hace libres a los hombres, y no existe paz sin libertad.

“En la Nueva Alianza, dice Juan Pablo II, se encuentran numerosos testimonios de seguidores de Cristo -comenzando por el diácono Esteban (Cf He 6,8-7,60) y el apóstol Santiago (Cf He 12,1-2)- que murieron mártires por confesar su fe y su amor al Maestro y por no renegar de Él. En esto han seguido al Señor Jesús, que ante Caifás y Pilato ‘rindió tan solemne testimonio’ (1 Tm 6,13), conformando la verdad de su mensaje con el don de la vida” (VS 91). “Ante todo, Cristo, con su palabra y ejemplo, suscitó nuevos comportamientos de paz. Puso la ética de la paz muy por encima de las actitudes corrientes de justicia y armonía. Al inicio de su ministerio, él proclama: ‘Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios’ (Mt 5, 9). El envía a sus discípulos a llevar la paz de casa en casa, de pueblo en pueblo (id. 10, 11-13). Los

²⁶ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* 27 ss, 50 ss. “Las facultades del hombre le hacen capaz de conocer la existencia de un Dios personal” (n.35).

²⁷ M. Vidal, “La moral de la guerra. De un paradigma posibilista a un paradigma radical”, en *Sal Terrae* 79 (1991) 555.

²⁸ Cf. Juan Pablo II, “La verdad fuerza de la paz”, *Mensaje en la Jornada de la paz* 1 de enero 1980. Cf E. Yanez, *Libertad y Verdad en Juan Pablo II*, en ABC 3 (16 de octubre de 1998). Cf. FR 105. Cf., E. Benvenuto, o.c., 267-278. Cf. M. Vidal, “Postulados de una ética de la paz”, en *Razón y fe* 213 (1986) 139.

invita a preferir la paz a toda venganza e incluso a ciertas reclamaciones legítimas, queriendo así arrancar del corazón del hombre la raíz de la agresividad (id. 5, 38-42). Les pide que amen a quienes las barreras de todo tipo han transformado en enemigos (id. 5, 43-48). Cita el ejemplo de los extranjeros que han tomado la costumbre de despreciar a los Samaritanos (cf. Lc 10, 33; 17, 16). Invita a permanecer siempre humildes y a perdonar sin límites (cf. Mt 18, 21-22). La actitud de compartir con los que están desprovistos de lo esencial -que pone como clave del juicio final (cf. Mt 25, 31-46)- debe contribuir radicalmente a instaurar relaciones de fraternidad. Estas indicaciones de Jesús y su ejemplo han tenido ya por sí mismos una vasta resonancia en la actitud de sus discípulos, como lo atestigua la historia de dos milenios. Pero la obra de Cristo se sitúa a un nivel mucho más profundo: el de una transformación misteriosa de los corazones. El ha traído verdaderamente «paz en la tierra a los hombres de buena voluntad», según el anuncio hecho desde su nacimiento (cf. Lc 2, 14), y esto, no sólo revelándoles el amor del Padre, sino sobre todo reconciliándolos con Dios por medio de su sacrificio²⁹.

Estoy convencido de que si la opción por la paz concierne al corazón de la ontología humana más que el despliegue multiforme de la historia, esto quiere decir que la paz descansa en la verdad. Entre la paz y la verdad se establece una relación privilegiada de manera que la paz sólo es posible mientras dura la verdad que la anima³⁰. En el orden cristiano y moviéndose en el ámbito de la fe, como afirma E. Jünger en su obra “la esencia de la paz”, sólo puede referirse a la verdad de Cristo resucitado y al triple saludo de paz que realiza el anuncio de Juan 14,27. Cristo resucitado revela que esencialmente el hombre es un ser para la paz: esta es justamente la verdad de la que la paz auténtica es cuerpo.

b) La paz y la caridad o entrega generosa. La caridad, en cuanto fuerza que impulsa al hombre a vivir su dimensión social de apertura solidaria a los demás, es la virtud antropológica y teológica que edifica la reconciliación. Esta no es auténtica sino está bañada en la caridad y en el amor juntamente con la justicia³¹. Juan Pablo II lo subraya en *Veritatis Splendor* al afirmar que “la caridad, según las exigencias del radicalismo evangélico, puede llevar al creyente al testimonio supremo del martirio. Siguiendo el ejemplo de Jesús que muere en cruz, escribe Pablo a los cristianos de Éfeso: 'Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos y vivid en el amor como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma' (Ef 5,1-2)” (VS 89).

En este contexto puede comprenderse la licitud de la acción martirial cuando estos, los mártires, exponen su vida³². El martirio iría en contra del quinto mandamiento si no fuera por la fuerza que nace de las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. De ellas, la mayor es la caridad³³.

Pero este reencuentro no se consuma exclusivamente con el esfuerzo propio. Es necesario que quien tiene el poder para ello otorgue el perdón que borra la culpa y permite la

²⁹ Juan Pablo II, “La paz don de Dios confiado a los hombres”, *Jornada mundial de la paz* 1 de enero 1982.

³⁰ E. Benvenuto, o.c., 269.

³¹ Cf. J. Noemi, o.c., 74.

³² S. Pié-Ninot, “Los mártires: un testimonio que es preciso no olvidar”, en AA. VV., *Tertio Millennio Adveniente. Comentario teológico-pastoral*, Salamanca 1997, 179-194.

³³ U. Sánchez, o.c., 352. Cf., M. Vidal, *Nueva Moral Fundamental*, o.c., 271-280.

